VIDA MONTEVIDEANA

Revista Social, Literaria, Artística é Ilustrada

APARECE LOS DOMINGOS

Año II | Montevideo, Mayo 29 de 1898 | Núm. 46

Director y Redactor
RAFAEL J. FOSALBA

DIRECCION Y ADMINISTRACION
Convención 82

Secretario de Redacción
EDUARDO GANDOLFO

GALERÍA DE BELLEZAS URUGUAYAS

Laureana V. Cortinas
(Maragata)

SUMARIO

TEXTO—MANUEL GUTIERREZ NÁJERA, por Francisco Falquez HORAS DE AMOR, poesia por Ivan—LA HERMANA DE LA CARIDAD, por Armand Silvestre—ODA, por Ricardo Sanchez—LA FELICIDAD, por A. J. P.—AMOROSA, poesia por Victor Arreguine—PENSAMIENTO, por Maria Arias de Anaya—HUÉRFANA, poesia por Ignacio Perez Carta—REZA!... poesía por Edmundo G. Bianchi—EL HIJO PRÓDIGO DE MR. THOMPSON, por Bret Harte (continuación)—¡MADRE! poesía por Werther— UNA VENGANZA, por Américo S. Mancebo (conclusión)—SOLO TÚ, soneto por Juan Carlos Menendez—UN ZAPATERO FAMOSO, por Tulius—YO SOY, poesia por Guzmán del Rio—LA ÓPERA, por Sansèpine.

GRABADOS:—Galeria de bellezas uruguayas: señorita LAUREANA-V. CORTINAS, grabado de Jacobo Peuser de Buenos Aires.

MANUEL GUTIERREZ NAJERA

Nous sommes fleur aujourd' hui
naissante, aujord' hui desséché.
BOSSUET.

Tres años hace que el Poeta descendió al sepulcro. Su espíritu, pleno de juventud y vida, penetró sin miedo en el misterio y se perdió sin vacilar en las sombras de la eterna ausencia. Cabe su tumba, donde la amistad sincera regó sus flores, vinieron los poetas á proclamar la apoteósis del hermano, á colocar en las sienes empalidecidas del muerto la corona del vencedor y en sus manos rígidas la palma del inmortal. Y cuando su alma fué arrebatada al cielo en ascención gloriosa, los himnos triunfales resonaron, el incienso perfumó el espacio y las multitudes doblaron la rodilla. ¡Era el desterrado que regresaba á su pátria! !Era el gladiador triunfante en la palestra! ¡Era el Poeta que se desposaba con la gloria!

Jóven sucumbe el que los dioses aman—exclamaba el Poeta heleno. Por eso el Duque murió jóven,—cuando aún no batía su frente el soplo helado del invierno, cuando su camino estaba cubierto de flores y su alma exclamaba satisfecha:

Cuantos besos dormidos en la sombra
y la muerte, la pálida qué lejos!

Pero no era un iluso; á las veces parecía un vidente y sus cantos tomaban tonos extraños, como presagiando desgracias apenas vislumbradas. Diríase que su inspiración nacía de dos sujetos, que en su cuerpo encarnaban dos almas. Porque Puck debía ser feliz, enteramente feliz, cuando reía á mandíbula batiente en las frases locas de la croniquilla, donde el estilo se deslizaba travieso y culebreante; pero á los pocos instantes el cascabeleo cesa, la mirada aparece hosca, se dibuja en la frente el ceño, y el Poeta, como un volcán mucho tiempo comprimido, estalla en un supremo grito de desesperación.

«Sombra, la sombra sin orillas, esa
que no ve, que no acaba,
la sombra en que se ahogan los luceros,
esa es la que busco para mi alma.»

El Duque debía sentirse dichoso, inmensamente dichoso, cuando escribía, sin que una pena asomase, como Medusa, en su alma sonriente:

«Desde la esquina de la Sorpresa
hasta la calle del Jockey Club
no hay española, yankee ó francesa
ni más hermosa, ni más traviesa
que la Duquesa del Duque Job.»

Y á vuelta de hoja el Poeta, que un momento antes sonreía ante la inmaculada cuna de su hijo, traza con insegura mano un canto casi funeral, salpicado con sus lágrimas y donde en cada palabra palpita una decepción:

«En esta vida el único consuelo
es acordarse de las horas bellas
y alzar los ojos para ver el cielo
cuando el cielo está azul ó tiene estrellas»

Diríase que el alma del viejo Lamartine ha trasmigrado al cantor mexicano!

Y esta dualidad de sentimientos opuestos en una unidad psíquica no es un misterio: Gutiérrez Nájera era feliz y sus cantos debieron ser aleluyas, un trasunto de su alma siempre tranquila, siempre pura y buena. Sus versos debieron reflejar el azul del cielo y el éxtasis dulcísimo del creyente; debieron cantar epitalamios á las aves de primavera, y llevar en cada frase el calor suave y atrayente del hogar bendito: todo menos la tristeza; todo menos el pesimismo. Federico Gamboa nos pinta al bardo con mano maestra;

«Sentado—dice—en una luneta, de guantes y gardenia, aplaudía á rabiar á una actriz de ópera italiana. Por mera casualidad pregunté quien era y alguien me dijo—Es Manuel Gutiérrez Nájera, El Duque Job.

Después se enamoró deveras; cuántas noches lo encontré en la calle de la Independencia en romántica contemplación á su novia! Allí sí que bueno y todo, no toleraba bromas, ni alusiones, ni nada, si acaso saludaba, hacíalo muy discretamente con seriedades agenas á su carácter. Y el ángel de la ilusión vino una vez más á su encuentro: su novia fué después su esposa.»

¿A qué entonces gemir envuelto en el pesimismo si en su alma era siempre primavera? ¿A qué desesperar como si cargase sobre sus espaldas las abrumadoras capas de plomo de las ánimas dantescas, símbolo eterno de pesados sufrimientos?

Pero Gutiérrez Nájera no es siempre el poeta individualista; á veces el Poeta es la humanidad. El autor de «El Beato Calasans» decía del cantor de «La Serenata.»—«A ocasiones—Manuel es pesimista y su poesía expresa tan acertadamente el tormento de muchos, sí de muchos, que se impersonalisa casi y deja de ser romántica para ser eterna»

Y es cierto, el Duque canta dolores que no ha sentido con una naturalidad y un sentimiento que el alma fustigada por el destino, cree ver en el Poeta un compañero atado también al grillete de desgarradora realidad. Temblamos al leer:

«Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.»

Y, sin embargo, este cuadro tan magistralmente trazado es simplemente una ficción del poeta, es simplemente una obra artificial.

«El sublime elegista mejicano—dice el señor Justo Sierra—tenía un hilo de oro atado al pié y apenas aleteaba en la noche del pesimismo, volvía á su romántico nido, tapizado con el plumón de todos los ensueños, entibiado con el calor de todos los amores y desde ahí seguía cantando melodias lacrimosas y divinas.»

Eso sí, Gutierrez Nájera era romántico, ¿y quién no lo es? ¿qué alma no siente lo que canta el Duque? Los versos tiernísimos del «Non omnis moriar» y «Pax anima» no vienen á arrebatarnos ilusiones, no traen ideas; traen el verbo poderoso que hace levantarse de sus tumbas á sentimientos olvidados y que, nuevos Lázaros, aparecen ante nuestra alma sobrecogida y la saludan resucitados. Y cuando el poeta dice,

«Acercaos á mi mesa
mis recuerdos, porque os llamo,
id saliendo de la huesa,
muertecitos que yo amo!
Cosas idas, cosas muertas,
ilusiones ya perdidas,
acercaos á mis puertas,
cosas muertas, cosas idas;»

El conjuro produce su efecto, los evocados comparecen al llamamiento y mientras desfilan lentamente y el alma les pasa revista en las siguientes estrofas, los ojos se llenan de lágrimas y el libro cae de las manos...

FRANCISCO FALQUEZ.

Buenos Aires, Mayo 25 de 1898.

HORA DE AMOR

Gemian las ondas
besando la playa...
¡Què tarde tan dulce!
¡Qué tarde tan dulce y tan larga!
¿Te acuerdas? La luna
brillando en Oriente con lumbres doradas,
arrojaba á los mares dormidos
su vitela de fuego y de plata.
Jugando la brisa,
alredor de tu frente de nácar,
ondeaba los rizos brillantes
de tu cabellera, como el sol dorada.
Augusta tristeza
invadia en silencio mi alma,
en tus ojos copiábase el cielo
y en mis ojos la mar se copiaba.
Yo pensaba en las luchas del mundo
y en los verdes lauros que brinda la fama,
en mis grandes penas
y en mis tristes ánsias...
Amores y dichas,
tu mente soñaba,
dormidos recuerdos
de dulces nostalgias,
risueñas auroras
y cielos azules y noches calladas...
¿Te acuerdas? de pronto
se llenaron mis ojos de lágrimas,
—¿Por qué lloras?—dijiste—¿qué tienes?
¿qué duelo te aflige, qué pena te embarga?
Y clavando en mis ojos sombríos
tus grandes pupilas color de esmeralda,
y acercando tu boca á mi boca,
con mohines de niña mimada,

secaste mi llanto
diciendo en voz baja:
—¡Yo no quiero que llores, bien mío,
ni quiero que ocultes tus penas amargas!—
. . . .
¿Cómo fué? ¡Qué sé yo! ¿Quien resiste
las caricias del beso que estalla?
¿Quién contempla la fuente que corre
y no extingue la sed que le abrasa?
El amor puso fuego en mis venas
y ardió en mis entrañas...
¡Ay! ¡Después de aquel beso de fiebre,
quedamos sumidos en dulce nostalgia,
por los lábios unidos los cuerpos,
por los ojos fundidas las almas!
¿Te acuerdas? La luna
brilando en Oriente con lumbres doradas
arrojaba á los mares dormidos
su vitela de fuego y de plata;
y la ola serena
que moría temblando en la playa,
al mirar en la arena tu nombre,
llenaba riendo los surcos de agua.

IVAN.

Mayo de 1898.

LA HERMANA DE LA CARIDAD

La tarde en que, al regresar á su hermoso palacio de Génova, el noble conde Rafael de la Robbia sufrió un ataque de reumatismo agudo, que durante dos meses interrumpió la frívola existencia de aquel correcto caballero, la señora condesa, que le amaba con delirio y que solía hacer la vista gorda en lo tocante á los devaneos de su marido, resolvió consagrarse solo á cuidar á su infiel esposo, esperando, sin duda, reconquirtarle por medio de la abnegación y del cariño. Pero la tarea fué al poco tiempo muy superior á sus fuerzas, y como no quería que la ayudasen los criados, decidió solicitar la asistencia de una religiosa perteneciente á un convento inmediato.

Al dia siguiente se presentó una mujer que realizaba á un mismo tiempo el tipo más sublime y más insoportable del género.

Sor Antonia era una de esas criaturas que harían odiar la abnegación y la virtud.

Ninguna cualidad de la mujer se reflejaba en aquel sér híbrido, que ganaba el cielo sin el sacrificio de la belleza ni de la juventud.

Cuando se puso enfermo el conde de la Robbia tenía éste relaciones amorosas con una hermosa muchacha de dieciocho años, llamada Dominga, que vivia en uno de los arrabales de la ciudad.

El conde amaba con delirio á Dominga, y era correspondido con creces por aquella criatura que podía ser comparada con un bellísimo lirio nacido en un estercolero.

Cierto día la rígida perfección de Antonia exasperó de tal modo al noble paciente, que la condesa resolvió despedirla y buscar otra enfermera en un convento de costumbres menos austeras.

A la caida de la tarde se presentó una nueva religiosa, con casi toda la cara cubierta por un denso velo.

La enfermera fué muy del agrado de la condesa, la cual le mandó que se acercara al lecho de su marido, á fin de que éste viese si su rostro le inspiraba confianza.

La Hermana de la Caridad obedeció la indicación, y levantando el velo que la cubría se presentó ante el conde, quien apenas pudo contener un grito de sorpresa.

—¿Eres tú?...

—Sí, yo misma. ¿Sientes que haya venido?

—No, porque te adoro.

Todo esto fué dicho en voz tan baja, que solo sus almas se oyeron.

No pudiendo decidirse Dominga á vivir lejos de su amado ni resignarse á que otra mujer le cuidara, había inventado aquella romántica y conmovedora estratagema.

A pesar de sus intolerables sufrimientos, empezó para el conde una vida dolorosa, pero llena de encantos, al verse siempre asistido por la mujer que más amaba en el mundo.

La condesa no podía adivinar nada de lo que ocurría, por impedírselo la pureza de su alma y la rectitud de su conciencia.

Estaba sumamente satisfecho de Dominga, á la que encontraba tan humilde y respetuosa, que llegó á sentir por ella un afecto verdadero y una admiración sincera.

Y durante la noche, cuando la chimenea proyectaba sus rojas llamas y cuando el quinqué, colocado junto al lecho del enfermo, reflejaba sobre la mesa su gran círculo luminoso, la condesa, cuya piedad era proverbial, leía, para animar al paciente, los Santos Evangelios ó alguna hermosa y poética leyenda de nuestra religión, ó la historia de esas santas mujeres, princesas varias de ellas, que en otros tiempos se consagraron al cuidado de los enfermos y de los niños.

Dominga había sido bautizada y había hecho su primera comunión, pero sin comprender ni una sola palabra de lo que le habían enseñado, de tal modo, que todo cuanto escuchaba en casa del conde era completamente nuevo para ella.

Su alma ardiente y generosa se abría toda entera como una flor sedienta, al influjo bienhechor de aquel rocío de vivificadoras impresiones.

De un modo obscuro pero más elevado que la ternura que en aquel momento le inspiraba el sacrificio, presentía otros rasgos de abnegación más sublimes, tributados á personas desconocidas, en aras de la fraternidad universal.

Con cándido entusiasmo admíraba Dominga la caridad de aquellos santos y santas que todo lo daban de limosna á sus semejantes y renunciaban á todo ideal de felicidad humana por amor al Crucificado.

Y cuando la pobre aventurera se exaltaba en su delirio durante las lecturas de la condesa, inundábanse sus ojos de una llama verdaderamente divina; y el conde, que la miraba sin adivinar de dónde procedía aquel fuego sagrado, la encontraba mucho más hermosa é interesante que nunca.

La obra de redención de la pecadora se iba realizando con lentitud pero de un modo seguro, en la alcoba de un convaleciente, entre una mujer piadosa que leia historias de santos y un hombre, siempre enamorado, que sentía renacer en él una vida cuyo precio se había duplicado sin duda en aquellos momentos.

La dolencia del conde iba cediendo en su intensidad y de tal modo se habían calmado los dolores del paciente, que el enfermo no tardó en recobrar casi toda la libertad de sus movimientos.

El médico dijo que se acercaba el instante de la curacion definitiva y la condesa estaba loca de alegría.

Una mañana sintióse el conde completamente restablecido, y aprovechando la ausencia de la condesa, asió de la mano á Dominga é intentó darle un beso en la boca. Pero la pecadora rechazó á su adorador, y le dijo en tono humilde y expresivo:

—Señor, Dios me ha abierto los ojos y ha iluminado mi inteligencia. Por lo tanto, le pertenezco, y de hoy en adelante no quiero vivir más que para adorarle y pedirle que le devuelva á usted la salud y la paz del alma.

Y Dominga, la fingida religiosa, se hizo realmente Hermana de la Caridad al cabo de ocho días y, desde entonces, sus hermosas manos se consagraron exclusivamente al cuidado de los pobres.

ARMAND SILVESTRE.

ODA

Al empezar el canto, pátria mía,
que mi entusiasmo rinde á tu memoria,
vibrar quisiera espléndida harmonia,
inspirando mi pobre fantasía
en lo sublime de tu excelsa gloria.
Pátria querida, cuyo nombre siento
que llega á mi alma como voz del cielo,
cantarte quiero con viril acento,
con fé sincera, con ardiente anhelo,
acallando un momento
la justa queja de mi amargo duelo!
De tus desgracias entonar un canto
quiero de amor y patriotismo lleno,
no empapado en el llanto
de acerba pena, que el sér débil vierte,
sino con firme corazón sereno
del que ha mirado con horror tu suerte,
fulminando protestas de sus lábios
contra el que osado y fuerte
jamás cesó de prodigarte agravios!
. . . .
Si dirijo la vista á tu pasado
lleno de glorias y hechos inmortales
que el tiempo con sus huellas no ha borrado,
encuentro á cada paso en tus anales
escritos con la sangre generosa
de mil valientes, un notable ejemplo,
una página honrosa,
que yo admirado con amor contemplo!
Veo séres abnegados que combaten
por cimentar tu santa independencia,
y á quienes las desdichas nunca abaten,
que sufren con paciencia,
con el valor estóico de los bravos,
los males todos de su adversa suerte,
prefiriendo á la vida del esclavo,
del hombre libre la gloriosa muerte.

Que emprenden con ahinco su tarea
y el patriotismo inflaman,
para lograr el triunfo de la idea
que su conciencia y su deber proclaman.
Que no descansan hasta ver por tierra
rodar los cetros y partido el yugo
que el vil usurpador, con lazo estrecho,
violando cuanto grande y noble encierra
el bello suelo donde á Dios le plugo
hacer que yo naciera,
impúsole á tus hijos, á despecho
de la ley justiciera
y el sacrosanto nombre del derecho!

Qué tiempos de recuerdos inmortales
y abnegado civismo,
aquellos en que un grupo de orientales
peleando con patriótico heroismo
destruían las legiones imperiales!...
Qué tiempo sorprendente
de austeridad, grandeza,
que contrasta con la época presente!
Allí una aurora empieza
de dicha y de progreso.
El oprimido hiergue la cabeza
saliendo del oprobio en que yacía,
y sella con su sangre, pátria mia,
el pacto que tu honor dejaba ileso!...
Si un dia, por desgracia, bajo el peso
del lusitano reino y del ibero,—
tu libertad, ideal apetecido
de aquellos que aprendiendo con sus penas
sienten robustecido
su espiritu en las firmes convicciones
que el deber pátrio impone al ciudadano,
latente estaba ee grandes corazones
como encarnada por divina mano.
Por eso, cuando el grito del patriota
que proclamó tu independencia santa,
rasgando el aire con vibrante nota
llegó hasta los vejados por la planta
del que te esclavizaba,
el valor del caido se ajiganta
y alzóse altiva y brava
la pléyade inmortal de los guerreros
que en cien combates fieros,
luchando cual leones,
probaron claramente
ante la faz de todas las naciones,
que no se doma al hombre independiente!

Qué desencanto al apartar la vista
de la época pasada!...
el alma del patriota se contrista
al contemplar que por el mal hollada,
victima de mandones arbitrarios
y en tremenda agonía,
yace la pátria que héroes legendarios
tan floreciente alzaron en un día!...
Y mas aún de ira se estremece
el corazón latiendo dentro el pecho,
y nuestra justa indignacion acrece
ante la horrible realidad del hecho,
al observar que algunos que debieron
ser los primeras siempre en venerarte;
que en tu suelo nacieron,
han sido ¡infames!... los que en vez de alzarte,
de crímenes y luto te cubrieron!

Ah!.., Si esos bravos que la tumba encierra,
que sus vidas enteras consagraron
á la defensa de su amada tierra,
y al extranjero déspota humillaron;
si esos bravos que el tiempo no ha extinguido
pues brillan en el cielo de la historia,
y su grato recuerdo, bendecido,
llega al presente como luz de gloria,—
mirar pudieran desde el hondo seno
que oculta sus cenizas,
tu pátrio pabellon que mancha el cieno
del poder, y tus leyes hechas trizas...
El tristísimo cuadro desolado
que ofreces hoy;—... tremendo un anatema
firmes lanzáran contra el vil malvado
que te redujo á situacion extrema!,..

Más no por eso el desaliento cunde
pátria del alma, entre tus buenos hijos!...
¡A la idea, la fuerza nunca la hunde!
y ellos tendrán sus pensamientos fijos

RICARDO SANCHEZ.

Montevideo, Mayo 28 de 1898.

LA FELICIDAD

La felicidad es una idea difícil, cuando no imposible, de definir.

Si la naturaleza humana fuese una, en cuanto á la manera de pensar del individuo, una también, sería necesariamente, la felicidad.

Pero como sucede lo contrario, como el espíritu se dilata en irradiaciones distintas, según las condiciones intelectuales de cada hombre, no es dado encerrar en una misma y sola explicación, todo ese mundo complejo que surge ante la palabra felicidad.

Ha habido en la historia de los pueblos épocas tan espiritualistas, por decirlo así, que empleando un pensamiento idéntico, daban la sabiduría como fórmula para conseguir aquel precioso caudal. «Felicidad» y «sabiduría» eran, por consiguiente, hermanos gemelos.

De aquí nacía cierta abstracción ó divorcio entre el hombre y la sociedad que más tarde, merced al influjo de una civilización menos egoista, fué desapareciendo.

La sociedad de hoy tiene vicios profundos ¿quién lo duda?; pero bajo un punto de vista es superior á la antigua, puesto que, rotas las preocupaciones de todas especies, se han acortado las distancias; ha desaparecido el esclusivismo contrario á la comunicación fácil y contínua de las ideas y, sin recurrir á la sabiduría nos es dado ser felices, en cuanto la felicidad puede ser un hecho.

No pretendemos sostener que en épocas ya lejanas carecía el individuo de los elementos que determinan la ventura, á menos que fuesen dichosos porque eran sábios. Nuestras palabras van encaminadas á la masa total, y esta veía, con raras excepciones, deslizarse la vida en una esfera triste y sombría, como era forzoso que sucediera, si se advierte que hasta la época moderna han carecido los pueblos de la mayoria de los recursos que constituyen la existencia, tanto material como intelectual.

El dolor, rico y variado, ha subsistido y subsistirá, representando el papel de nuestro compañero, pero aunque reconozcamos que su influjo es perdurable, reconoceremos también que al desenvolvimiento de las sociedades se deba la posesión de crecido número de bienes.

Tanto hemos adelantado, que el bienestar de nuestro siglo excede con mucho al que tenían á su alcance los siglos anteriores.

¡Y sin embargo, somos desgraciados!

A medida que conquistamos mayor suma de riquezas, surgen nuevas ambiciones en nuestra mente, y en resúmen, se realiza este misterio: tenemos á nuestro alcance la felicidad y no la aprovechamos en beneficio propio.

Pero aún existen otras causas que influyen en esa casi negación de la felicidad común que con frecuencia percibimos y es objeto de estudio y de discusiones.

La generación contemporánea padece una enfermedad endémica. La vida de hoy es una fiebre que nos empuja á la actividad exajerada; al empleo superabundante de nuestras fuerzas, que como si obedecieran á un impulso fatal crean y destruyen, mantienen la espectativa, engendran la incertidumbre, y sin intención, sin sospecharlo siquiera, conspiran contra la estabilidad de las bases en que descansan las sociedades, y evitan que arraigue el prestigio de las costumbres públicas que son la manifestación de los deberes y los derechos.

¡Hay exuberancia de movilidad!

Estas consideraciones descubren una enseñanza dolorosa. El combate que intelectual y moralmente libra el hombre con los demás hombres, es un síntoma de sufrimiento. De la lucha nacen el desengaño, la amargura y las decepciones.

Sin embargo, la satisfacción perezosa, el goce de la inmovilidad, suponen el olvido de los deberes.

Poseemos facultades preciosas, que puestas en acción nos proporcionan el bienestar verdadero, representado por el desarrollo de esas mismas facultades. Su empleo significa un perfeccionamiento progresivo.

La felicidad, como todas las ideas humanas, es relativa. En su fondo hay algo de tormento, algo de desventura, por más que á primera vista, se nos presente sin sombra de pena, sin esperanza de dolor.

A. J. P.

Mayo de 1898.

AMOROSA

Mi hogar de niño, mi aromado nido,
estaba junto á las parleras aguas,
y por las tardes, con la luz muriente,
cantaban en los sauces las calandrias.

En el balcón entretejía sus redes
la madreselva de gentil fragancia,
y las violetas con su azul ropaje
entre salvajes pitas se ocultaban.

¡Qué silenciosa, al declinar del día,
florecía en el cielo solitaria
la temblorosa Venus, refulgente,
semejando una fùlgida mirada!

Hoy la veo en los cielos encendida
desde los lindes de extranjera pátria,
y siento que dos lágrimas furtivas
la palidez de mi mejilla abrasan.

Morir quisiera; en los etéreos mundos
del infinito destender las alas,
é ir á besar tu frente de azucena
en los vergeles de mi dulce pátria!

Víctor ARREGUINE.

Buenos Aires, Mayo 24 de 1898.

PENSAMIENTO

PARA

"VIDA MONTEVIDEANA"

Los pueblos que honran la memoria de sus grandes varones en la forma solemnemente sentida que el pueblo oriental acaba de honrar la memoria de Diego Lamas, demuestran que son dignísimos de ellas.—Demuestran, además, y esto debe endulzar nuestra inmensa pena, que están en condiciones de producirlos en momentos históricos.

Se ha dicho que los hombres son, tanto como híjos de sus obras, hijos del medío en que desenvuelven sus energías naturales.—Por eso, en la Roma conquistadora, cada romano era un guerrero; en la Grecia de Píndaro, Esquilo y Sófocles, cada griego era un artista; en la Cartago de los siete siglos, cada cartaginés era un guarismo.

Que, para honor y gloria de nuestra pátria perduren y se engrandezcan las virtudes cívicas que ha puesto de manifiesto el soberbio homenaje rendido á Diego Lamas, y la bandera blanca y celeste flotará á los vientos cada día más orgullosa, enseñando á propios y enseñando á extraños, que á su sombra bendita los héroes no concluyen: se suceden!

María ARLAS DE ANAYA.

HUÉRFANA

Recitado escrito para mi hija Lucha

¡Oh, qué bello es tener una madre
y en su seno las penas llorar!
Que encontrando allí alivio y consuelo
las penas se olvidan y vuelve á tornar
esa paz, esa calma, esa dicha,
ese dulce y feliz bienestar
que la niña que pierde á su madre
nunca, nunca, jamás hallará.

¡Ay, qué triste es perder una madre!
¡Ay, qué triste es perder el hogar!
Pobre huérfana, lloro y no ceso
perdida la calma, perdida la paz
hoy recorro las calles y plazas
vestida de harapos, sin luz, sin hogar,
extendiendo la mano al que pasa,
con voz condolida pidiéndole pan.

¿Dónde están esas dichas pasadas
entre el suave calor de mi hogar?
¿Dónde estás, madre mía adorada,
que no escucho tu voz celestial?
Yo te llamo y mi triste lamento
los écos repiten con voz sepulcral:
«En el cielo se encuentra tu madre»
y yo al cielo quisiera volar.

A contarte mis tristes congojas
y en tu seno mis penas llorar,
mas... ¡qué lejos estás, madre mia,
qué largo el camino! no puedo llegar.
Pero, envíame un beso y tu espíritu
venga mi alma infeliz á buscar.
¡Yo no puedo vivir sin tí, madre,
yo no puedo vivir sin hogar!

Ignacio PEREZ CARTA.

Montevideo, Mayo 28 de 1898.

REZA!...

A ella

Me dices que de noche, arrodillada
del blanco lecho al pié, al Omnipotente
diriges tu plegaria y que le pides
que dure nuestro amor eternamente.

Esto dices, amada, en tus misivas
llenas de amor, y de esperanzas llenas.
¡Oh dulces cartas que mi amor bendice,
pues son las tréguas de mis tristes penas!

De noche las repaso, y en mi sueño
te veo arrodillada al pié del lecho,
juntas las manos, la mirada al cielo
y latiendo de amor el blanco pecho.

Oh! reza, dulce bien, que tu plegaria
casta como tu amor, al cielo sube
y llega hasta el Creador que la recibe
como el celeste canto de un querube.

¡Reza, mi dulce bien, que en los instantes
en que tu vírgen lábio se estremece,
mi alma asciende también hasta los cielos
y entre los astros lúcidos se mece.

Y mientras tu plegaria sube al cielo
yo escribiré mis pobres poesías;
y cuando á Dios le cuentes tus amores
yo cantaré las esperanzas mias.

El rogar de una vírgen pudorosa
y el canto de un poeta á Dios ascienden,
que tanto pueden almas que han sufrido
y corazones que de amor se encienden.

Edmundo F. BIANCHI.

Montevideo, Mayo 26 de 1898.

EL HIJO PRÓDIGO DE Mr. THOMPSON

(continuación)

Tal vez porque la realización de sus deseos le había dejado sin una misión práctica: tal vez—y esto es lo más probable—sentía poco amor por el hijo que recobrara. La obediencia que de él exigía le era otorgada de buen grado; la conversión en que había puesto su alma entera, fué completa, y á pesar de todo, nada de esto le contentaba. Al regenerar á su hijo había cumplido con todos los requisitos de su deber religioso, y no obstante parecíale que faltaba santificación al acto. En semejante perplejidad, leyóse la parábola del Hijo Pródigo, que adoptara por norma desde mucho antes, y observó que había omitido el festin final de reconciliación. Esto parecía ofrecerle la deseada cualidad de ceremonioso sacramento entre él y su hijo, de manera que un año después de la aparición de Carlos se preparó á darle un banquete.

—Junta á todo el mundo, Carlos,—dijo solemnemente—á todo el mundo, que sepa que te he sacado de los abismos de la iniquidad y de la compañía de los cerdos y de las mujeres perdidas; y mándales que coman, beban y se regocijen.

Tal vez el anciano tenía para esto otro motivo, no analizado aún claramente.

La hermosa casa que construyera sobre las arenosas colinas, parecíale á veces triste y solitaria. A menudo sorprendíase á sí mismo, tratando de reconstruir con las graves facciones de Carlos, las de aquel niño cuyo vago recuerdo tanto le ocupó en el pasado y en el que tanto pensaba hoy. Figurábase que era esta señal de que se le acercaba la vejez y una segunda infancia con ella.

Tropezando un día en su sala de ceremonias con un niño de uno de los criados, que se aventuró á llegar hasta allí, quiso tomarle en sus brazos: pero el niño huyó ante su arrugada fisonomía. Por todo esto, parecióle muy pertinente reunir en su casa la buena sociedad de San Francisco y de entre aquella exposición de doncellas elegir una nuera. Y despuès tendría un nieto, un niño á quien criar desde el principio y á quien amaría, como no amaba á Carlos.

Todos fuimos del convite. Los Smiths, los Jonnes, los Browns y Robinsons, vinieron también con aquella exuberancia de animación y alegría bestial, sin freno ni respeto alguno para el anfitrión, que la mayor parte de nosotros tenemos costumbre de juzgar como tan divertidas. El suceso hubiera terminado con escándalo á no impedirlo la posición social de los actores.

En efecto, Mr. Bracy Tibbets, dotado por naturaleza de ingenioso humorismo y excitado además por los brillantes ojos de las muchachas Jonnes, se portó de una manera tal, que atrajo las sérias miradas de Mr. Carlos Thompson, quien se le acercó diciendo tranquilamente:

—Parece que os sentís malo, Mr. Tibbets; permitidme que os conduzca á vuestro carruaje. (Resiste, perro, y te echaré por la ventana.) Por aquí, si os place; la habitación está caldeada y os molesta.

No será necesario decir que solo una parte de este discurso fué perceptible para la sociedad y que el resto lo divulgó Mr. Tibbets, sintiendo en el alma que su repentina indisposición le privase de lo que la más exéntrica de las las señoritas Jonnes, dió en llamar el «ramillete final de la fiesta» y que me apresuro á relatar:

Ocurrió el incidente al fin de la cena. Seguramente Mr. Thompson hacía la vista gorda ante la desordenada conducta de la gente jóven, atraido en la meditación de un próximo efecto dramático. Cuando levantaron los man-

teles, púsose de pié y golpeó lúgubremente sobre la mesa. Una risa ahogada que estalló entre las muchachas Jonnes, se hizo contagiosa hácia aquel lado de la mesa. Desde un extremo de esta, Carlos Thompson alzó la mirada con tierna perplejidad.

—Va á cantar un himno.

—Va á rezar.

—Silencio! que es un discurso!

Estas voces dieron vuelta á la sala.

—Hoy hace un año, hermanos y hermanas en Jesucristo—dijo Mr. Thompson con severa deliberación—un año cumple hoy, que mi hijo regresó de correr los lodazales del vino y de gastar su salud con mujeres perdidas. La risa cesó de repente.

—Contempladle ahora. ¡Carlos Thompson, alzaos!

Carlos Thompson se levantó.

—Hoy hace un año y contempladle ahora.

Era, á la verdad, un hermoso pródigo, allí, de pié, con su alegre traje de sociedad. Un pródigo arrepentido, con ojos tristes y obedientes, vueltos hácia la dura y antipática mirada de su padre.

Miss Smith, la más jóven, en las puras profundidades de su loquillo corazón, sintió un movimiento involuntario hácia él.

—Hace quince años que abandonó mi casa —dijo Mr. Thompson—hecho un tunante y un pródigo. Pero yo mismo era un hombre de pecado...! ¡Oh, amigos en Jesucristo! Un hombre de ira y de rencor.—(«Amen», añadió la mayor de las miss Jonnes).—Pero, alabado sea Dios, he huido de mi propia cólera. Cinco años há que obtuve la paz que supera á la humana comprensión. ¿La teneis vosotros, amigos?

Un subcoro de «No, no» por parte de las muchachas, y un «dadnos el santo y seña,» por la del teniente de navío Coxe de la corbeta de guerra de los Estados Unidos *Wethersfield*, contestaron á la pregunta.

BRET HARTE.

(Continuará).

¡MADRE!

(Fragmento para un poema en preparación)

. . . .

III

¡Apura! ¡Apúrate cochero! ¡Agita
el látigo inclemente!
¡Al hogar! ¡Al hogar! que ya palpita
por él mi corazón... mas nó: detente!
¡Oh infinita aflicción! ¡Oh desgraciado
de mí, que en mi soñar hube olvidado
que no tengo madre!... Pára, cochero!
Tomemos cada cual nuestro camino:
tú, al techo lisonjero
do te aguarda tu madre, el sér divino
que es de la vida sávia y alegría,
y yo... yo al cementerio
donde tengo la mia!

¡Oh insoluble misterio
que trueca el gozo en lágrimas ardientes!
¿En dónde está, Señor, esa tu santa
infinita bondad, que así consientes
junto á tanto placer tristeza tanta?

Ya no hay fiesta en los aires; ya no alegra
la luz que el campo dora;
ya nó hay sino la negra
pena cruel que el pecho me devora.
¡Valor! ¡Firmeza, corazón! no brotes
todo tu llanto ahora. No lo agotes,
que mucho, mucho, que sufrir aún falta.

Ya no lejos resalta
de la llanura sobre el verde manto
la ciudad de las tumbas y del llanto...
Ya me acerco, ya piso
los callados umbrales de la muerte,
ya la marmórea lápida diviso
del angélico ser que mi alma llora...
¡Vén, corazón, y vierte
tus lágrimas ahora!

IV

Madre, aquí estoy! Del bullicio vengo
á darte con el alma el mudo abrazo
que no te pude dar en tu aflonía;
á desahogar en tu glacial regazo
la pena aguda que en el pecho tengo
y á llorar por siempre la ausencia mia.

Madre, aquí estoy! En alas del destino
me alejé de tu lado una mañana
en pos de la fortuna
que para tí soñé desde la cuna;
mas ¡oh muerte inhumana!
hoy vuelvo, fatigado peregrino,
y solo traigo, que ofrecerte pueda
esta flor amarilla del camino
y este resto de llanto que me queda.
¡Oh terrible momento!
Yo fuerte me juzgaba,
mas, cuando ahora me encuentro aislado,
el vértigo siento del pajarillo
que en la jaula criado,
se vé de pronto en la extensión perdido
de las etéreas salas,—
sin saber dónde encontrará otro nido
ni á dónde, torpes, dirijir sus alas,—
donde en vez de pérfumes y cantares,
en vez de cielo azul y verdes ramas,
hallo nieblas y escarchas y un frío
que hace helar los espacios y las almas.
Mucho, madre, sufrí con pecho fuerte,
mas, suavizaba el sufrimiento impío
la esperanza de verte
un tiempo no lejano al lado mío.
¡Ay del mortal que ciego
confía su ventura á la esperanza!

La ley universal cumplióse luego,
y ví en el alma, presta,
la mía dísiparse,
cuál mira en lontananza
torcer el rumbo en dirección opuesta
el náufrago al bajel que vió acercarse.

V

¡Feliz quien como tú, ya en esta vida
no tiene que luchar contra la suerte
y puede reposar en la seguida
inalterable calma de la muerte;
sin ver ni padecer el mal eterno
que nos hiere doquier con saña dura,
ni llevar en el pecho el frío interno
de la indomable duda!
Feliz quien como tú, con altiveza
reclinó para siempre la cabeza
sobre los lauros del deber cumplido,
cual la reclina, por la muerte herido,
tras el combate rudo,
risueño, el gladiador, sobre su escudo!
Esa, madre, es tu gloria
y la alta recompensa de tu historia!

VI

Madre, os voy á dejar; mas parto en calma
y sin decirte adiós, que eternamente
me habrás de acompañar en esta vida.
Tú has muerto para el mundo indiferente,
mas nunca morirás, madre del alma,
para el hijo infeliz que no te olvida.
. . . .

X

Ya fuera, el paso muevo,
y desde su alto y celestial palacio,
su brillo siempre nuevo
derrama el sol por el cerúleo espacio...
Ya me retiro solitario y triste;
mas ¡ay! ¿á dónde voy? si ya no existe
el regazo de mi madre venturoso...
¿A dónde?—á la corriente de la vida,
á luchar con las ondas brazo á brazo,
hasta caer en su mortal regazo
con alma en paz y con la frente erguida!

WERTHER.

UNA VENGANZA

(Cuadro de costumbres criollas)

(CONCLUSIÓN)

Juan Chumbo, ginete en un hermoso zaino tapado, recorría las filas dando órdenes á sus subalternos, las que eran ejecutadas inmediatamente.

Cuando estalló la revolución, el Juez de Paz de Solis Chico, por órden superior, ó sin ella, empezó á reclutar gente, formando un escuadrón de doscientos y tantos hombres, con los que se puso al servicio del gobierno, confiriéndole éste, en mérito á sus buenas disposiciones, el grado de Comandante de Guardias Nacionales, en cuyo cargo le encontramos nuevamente.

Después de reorganizada su gente, hízola formar con objeto de pasar revista, encontrando una falta de más de cuarenta individuos de tropa. Ya se disponía á marchar para unirse á la columna, cuando vió á lo lejos avanzar rápidamente á un soldado que se habría rezagado de su pelotón en algún entrevero en las guerrillas de vanguardia.

—Recojan ese hombre, dijo el ex-juez y comandante, y vean á qué *juerza* pertenece.

Pocos momentos después se acercó un oficial diciendo:

—Es *soldao* de línea, comandante.

—Tráiganlo.

El soldado fué traido á su presencia, y al verlo Juan Chumbo lanzó una exclamación de alegría.

- *Aijuna*, gran perra, *aura* si que no te me vas á escapar, te tengo en mis uñas.

El soldado lo miró profundamente y palideció.

Había reconocido á su mortal enemigo.

Era Leoncio Caré.

Pero ¿cómo era aquello? ¿no lo había dejado muerto allá en Solís aquella noche maldita?

—Y que no lo hubiese rematado! pensaba.

—No decis nada? continuó el terrible comandante; te *creibas* que todas habían de ser *pa vos*, borrégo? te *acordás* de la noche aquella? estabas tigrazo, *jué pucha*! y te me venías al humo como toro; dá gracias á que me *refalé*, y que por eso me lastimaste, pero tengo siete vidas como el gato, *asina* es que sané *en seguidita;* y vos *pande juiste*? anduvistes *matreriando, dejuro, juyendo* de la *polecia*. pero *aura caiste* como chingolo; ¿qué decis de esto? á cada santo le llega su día.

—Ah! maldito! si *juera* como antes, y estuviéramos solos, no ibas á *compadriar* como *aura lo hacés*, porque estás con la gente.

—*Bijulé*! cómo *escarcea*; parece *mancarrón* mañero cuando le cosquillea la espuela, á ver! cuatro hombres, estaqueen á este mandria, ordenó.

Estaban lejos del grueso del ejército, cerca de un arroyo donde habían hecho alto.

—Maldita sea mi suerte! exclamó Leoncio con desesperación. *Pa* qué me habré *presentao* á servir?

No había salvación posible; rodeado como estaba de gente armada, y él, solo y sin armas, la partida no era dcdosa; pero no era cosa de morir así *no más*, entregándose como cordero al sacrificio, era preciso luchar, y luchar desesperadamente.

Todas estas reflexiones se las hizo Leoncio, en menos tiempo que el que tardamos en relaterlas.

Rápido como el viento, se lanzó sobre el que más cerca tenía y consiguió sin lucha alguna desarmarlo; ya tenía ganada la mitad, peró quedaba la parte más árdua de aquel difícil juego. Sin detenersb á medir las consecuencias, atacó con rábia y en el colmo de la desesperación, á aquellos cuatro hombres que se echaron sobre él para ejecutar la órden de su jefe; provisto del fuerte sable de caballería que le había arrebatado á uno de ellos, rechazó el primer ataque, alcanzando á herir en un brazo al que más inmediato se encontraba y desarmando á un segundo; dos hombres le hacían frente y uno de ellos despojado de su sable combatía con un cuchillo de monte; Juan Chumbo, que veía escapar su presa, desenvainó su espada y se reunió con sus soldados, que, desanimados, no se atrevían á atacarlo resueltamente.

—Bien *dijistes*, Juan Chumbo, le dijo Leoncio, á cada santo le llega su día, y á vos te llegó el tuyo; ahí vá esa, *atajala*!

Y le tiró un terrible hachazo á la cabeza, que á no haberse interpuesto uno de los soldados le hubiera alcanzado en medio del cránao.

—Te *atujás* bien con *mate* ageno, volvió á decir el indiecito, que se iba fatigando, que si nó, te hubiera *contramarcao*, pues ya *tenés* mi marca.

—Mátenlo, mátenlo, rugía Juan Chumbo viendo que nada podía contra aquel brazo de hierro.

—Y por qué no me *matás* vos? no te veo uña *pa* guitarrero... contestó riendo, al mismo tiempo que paraba un golpe de uno de sus adversarios, y se tiraba á fondo en quinta, asestándole un tajo de regulares dimensiones á Juan Chumbo en la cabeza.

Empezó la sangre á correrle á éste por la cara, impidiéndole contiuuar el combate, por lo que se retiró de él, pero ni por eso dejó de fustigar á sus soldados para que lo mataran; uno de estos armado de un pesado fusil, descargó por detrás, á Leoncio, un fuerte culatazo en la cabeza, que le hizo perder el conocimiento.

Arrojáronse todos sobre él para ultimarlo, pero el comandante dió órden de que lo dejaran, y apoyaudo una rodilla en el pecho del desgraciado Leoncio, echó hácia atrás su cabeza, tomándola por el cabello con la mano izquierda, en tanto que con la derecha buscaba en su cintura el cuchillo para degollarlo.

En ese momento volvió en sí el infeliz.

—No hay partido sin revancha, ni deuda que no se pague, le dijo Juan Chumbo; este es mi desquite, *apronlate pa dir pal* infierno.

—No me mates, balbuceó el desdichado forcejeando desesperadamente para desasirse de su verdugo.

—*Pucha* que nó, *pa* que *dispués* me hagas otra trastá'la; *aura* verás, es cosa de *enseguidita*...

Y desenvainando el filoso cuchillo, le abre la garganta de un solo tajo, por el que asoma la tráquea, precedida de un caño de roja sangre, que, con un lúgubre glu-glu, que al salir hacía, se fué coagulando sobre la gramilla, mientras el cuerpo se agitaba con las últimas convulsiones de la agonía, y los ojos se debatían entre las órbitas hasta quedar fijos y vidriosos, vueltos hácia arriba.

El sanguinario ex-juez se levantó de encima de su víctima, contemplándola con risa siniestra y exclamando:

—*Vos* no vas á resucitar como yo, cuando me *dejastes* por muerto.

Y mandando romper la marcha á su tropa, que no lejos le esperaba, se perdió allá á lo lejos entre las primeras sombras de la noche, mientras las aves nocturnas, con sus cantos estridentes, eran las únicas que turbaban el silencio lúgubre de aquella región de la muerte.

AMÉRICO S. MANCEBO.

Montevideo, Abril 26 de 1898.

SOLO TÚ

Tan solo tú serás de mis amores
la casta dueña, la inmortal señora;
á tí nomás mi corazón adora
con un amor de mágicos clarores.

Para tí brotan de mi mente flores,
que depongo en tu frente seductora;
por tí en mi cielo, fulgurante aurora
matiza de esperanza los colores.

Y tú tan solo fuiste en mi amargura
la que en la copa de sus lábios, pura,
brindóme amante el nèctar del consuelo.

Y sólo tú serás mi inmaculada,
la con pasión febril idolatrada,
la única estrella en mi soñado cielo.

JUAN CÁRLOS MENENDEZ

San José de Mayo, Mayo 26 de 1898.

Un zapatero famoso

El conde Tolstoi, poniendo en práctica una de sus teorías predilectas, la de que todo hombre debe dedicar algunas horas del día á un oficio manual, confecciona zapatos que resulten horriblemente hechos, pero que los tenderos de Moscou venden horriblemente caros, tan solo por razón de su ilustre firma. No se puede reunir todas las habilidades. Tolstoi, que ha escrito tantas admirables páginas, no será nunca en materia de obra prima más que un aprendiz, un *sobatasas*, como aquí decimos. Quizás escriba todavía algún otro soberbio libro, pero de fijo no hará jamás un par de borceguíes tan perfectos, de tan acabada elegancia como su colega el príncipe Dimitri Anakoiroff.

Los Anakoiroff son zapateros desde larga fecha: su abolengo zapateril se pierde en la noche de los tiempos; pero no son nobles más que desde el reinado de Pedro el Grande, antigüedad relativa en cuanto á pergaminos de hidalguía, pero que ya quisieran para ellos no pocos duques, condes y marqueses.

Refieren las crónicas que encontrándose Pedro I en Moscou, pasando revista á sus regimientos, oyó salir de entre las filas de los espectadores una voz que decía:

—¡Qué lástima que tan excelso y valiente soberano vaya tan mal calzado!

Volvióse bruscamente el Czar y mirando de hito en hito al atrevido, díjole:

—¿Te empeñarías tú en calzarme mejor?

—Sin duda, *Padre* - replicó el interpelado con aquella seguridad y aquella sencillez propias del hombre que está convencido de su génio.

—¿Cuántos dias necesitas para hacerme un par de botas?

—Tres.

—Te doy cuatro, pero advierte que si no quedo satisfecho de tu obra, trabarás íntimo conocimiento con el *knout*.

Esta amenaza dejó impasible á Sergio Anakoiroff, que tomó medida al monarca, se puso á trabajar con empeño y al concluir el tercer día presentó á Pedro el Grande un par de botas admirables.

Calzólas el Czar y quedó maravillado de la solidez, de la elegancia y de la comodidad que le ofrecían las botas nuevas: eran ajustadas y sin embargo no le dolían lo más mínimo; daban al pié y á la pierna un molde sumamente

artístico, gracioso y coquetón, sin causarle la más ligera molestia en los juanetes que tenía Pedro en extremo delicados.

Desde entonces no quiso el emperador otro zapatero que Anakoiroff; sus cortesanos siguieron el ejemplo del amo y el maestro se enriqueció rápidamente.

Una noche que Pedro I estaba hecho una cuba, percance que le acontecía con más frecuencia que lo necesario para su gloria, le pasó por las mientes el ennoblecer á su zapatero, creándole principe de golpe y porrazo; al recobrar la serenidad no quiso, empero, retractarse de una resolución que le inspiraran los vapores alcohólicos é hizo extender las correspondientes ejecutorias. Y como un viejo palaciego y diplomático se permite dirijirle algunas observaciones muy respetuosas sobre el mal efecto que podría causar aquella imperial munificencia, replicó secamente el Czar:

—En la tierra yo solo soy juez de mis actos: ¿por qué no he de hacer noble y principe á un leal vasallo que me ha prestado y seguirá prestándome tantos servicios, cuando tengo á mi lado tantos príncipes que no me sirven para nada? Vale más un buen zapatero que un buen diplomático.

No se enorgulleció Sergio Anakeiroff con la alta distinción que le había otorgado su augusto parroquiano. Entusiasta de su oficio continuó ejerciéndolo y quiso que sus tres hijas lo aprendieran y siguieran haciendo botas y zapatos.

Uno de ellos, el segundo, que sobrevivió á sus hermanos, casó con la hija única de un opulentísimo comerciante armenio y como su fortuna propia era ya considerable, dióse el caso de que su descendiente directo y heredero el príncipe Nicolás Anakoiroff, maestro zapatero, fuese uno de los señores más ricos de todo el imperio. Prestó sumas de importancia á Catalina II, á quien calzaba, y obtuvo la concesión de unas minas que le reditu[a]ron beneficios inmensos.

Fedor Anakoiroff, hijo de Nicolás y biznieto de Sergio, el primer principe de la raza, había ap[r]endido también el oficio de sus mayores; [pero] pagado de su título y de sus riquezas, echó á un lado la lezna, cerró el antiquísimo almacen patrimonial y prefirió vivir como un gran señor. Dejóse luego tentar por la política, metióse en líos y en conspiraciones, concluyendo por lograr lo que menos deseaba; que le deportaran á la Siberia y le confiscaran todos sus bienes.

Indultado diez años después, pero sin que se le restituyeran sus bienes, volvió á Moscou y vivió de su oficio. Sus descendientes le imitaron y actualmente un Anakoiroff sigue siendo el más hábil y afamado zapatero de la Santa Rusia. Es hombre rico, por herencia, pero no hace uso de su título auténtico de príncipe.

TULIUS.

YO SOY

Yo soy quien modula
al pié de tu reja
sentidas endechas
de férvido amor;
yo soy quien te canta
con voz suave y tierna
un triste poema
de pena y dolor.

Yo soy quien arranca
á su pobre lira
sacras melodías
de intensa pasión;
yo soy quien solloza
muy quedo y suspira
y amante delira
lleno de aflicción.

Yo soy quien entona
triste y pesaroso
un himno harmonioso
de su amada en loor;
yo soy quien rendido
á tus piés de hinojos
ahogado en sollozos
impetro tu amor.

GUZMÁN DEL RÍO.

Mercedes Orientales, Mayo 25 de 1898.

LA ÓPERA

La Compañía para Solis

El silencio que guarda la prensa respecto al lenco de la nueva compañía que debutará pronto en el teatro Solís, es verdaderamente incomprensible.

Se dirá que conocemos á todos los artistas que vienen; perfectamente; pero sobre estos mismos hay siempre algo que decir interesante para el público, y, sobre todo, para el de Solís.

Tamagno, por ejemplo, siempre se distingue en sus creaciones como la que ha hecho del «Amy Robsart» que cantó en francés, durante su última estadía en Niza y Monte Carlo.

También entusiasmó, como siempre, á su auditorio, cantando la parte de don José en «Cármen». Y no era para menos.

Nosotros no tendremos la misma satisfacción, porque ninguna dama de las que vienen puede cantar «Cármen».

Lo acompañaban la Bellincioni, protagonista; la Simonet, Micaela; y Kaschmann, Escamillo. ¡Cómo habrá sido desempeñada la obra de Bizet con semejante reparto!

La prima donna Luisa de Ehrenstein, pertenece al teatro imperial de Viena. Y esta es una garantía.

Antes de que se embarcara, la reina Margarita la invitó especialmente para que cantase la *misa* de Verdi en la academia de Santa Cecília en Roma; y es esta una distinción en favor de la Ehrerenstein, que nos promete no solo una buena Valentina, sino también una Eva exquisita en «Los Maestros Cantores». Siendo su repertorio wagneriano podemos preveer buenas noches de ópera.

La Guerrini vuelve del Real de Madrid cubierta de laureles. El Orfeo de Gluck y el Samson y Dalila de Saint Saéns han hecho furor allí. Todos los críticos estan unánimes en declarar á la ya célebre contralto, gloria del teatro italiano. Nosotros hemos dicho, cuando cantó aquí la parte de Dalila, que era imposible ser más perfecta, y sin embargo el público no la aplaudió como lo merecía.

Dos veces se dió esta preciosa obra con los mejores elementos que existen actualmente, como lo son Tamagno y la Guerrini, y es muy lamentable que hayamos dejado perder la ocasión de cultivar nuestro oido en estas condiciones. Es de esperar que reaccionaremos en la próxima temporada, dando la preferencia á los *chef d' œuvres* reconocidos, como los arriba mencionados.

Sanmarco, el fogoso Gérard que hemos festejado tanto, nos dará [á co]nocer una de sus mejores creaciones, que es [A]mleto. Su última temporada la cantó en Odessa consiguiendo aplausos de cuantos lo escucharon.

La Berlendi el año pasado orden. Este año será una revelación á juzgar por los elogios que le prodigó la prensa de Nápoles á próposito de la manera notable como cantó la parte de Anneris. *Il Mattino*, *Corriere di Napoli*, *Il Paese*, *La Tavola Rotonda*, en fin, todos los periódicos, estan de acuerdo en alabar los progresos de la jóven artista. Esperamos poder corroborar estas opiniones de un público como el del San Carlos.

La Mendioroz, nueva para nosotros, nos llega con un vasto repertorio. Como que acaba de cantar en Alejandría (Egipto) las partes de Elisabeta, del Tannauser; Elsa, de Lohengrín; Magdalena, de Andrea Chénier; Margarita, de de Mefistófeles; Mimí, de Boheme; Manon de Puccini, Desdemona de Otello. Debe poseer esta cantatriz una voz de un registro completo porque de Mimí á Elsa ó Elisabeta hay una diferencia sensible. Todo esto lo cantó en compañía del tenor Borgatti, del cual se hacen grandes elogios; sobre todo, el Lohengrin y Manon de Puccini.

Llegamos á una de nuestras predilectas, Luisa Tetrazzini.

Su biografía no la haremos; es bastante conocida entre nosotros, es casi una artista platence porque aquí se formó, y no hace mucho que cantaba la parte de Micaela en el San Martin de Buenos Aires junto con artistas de opereta, alcanzando muy pronto el primer puesto que ocupa actualmente.

Al lado de Tamagno la oiremos en Guillermo Tell ¡que Matilde! y qué Sitá en el Ré di Lahore! sin contar el repertorio en que brilla siempre.

Remo Ercolani, Di Grazia, A. Rossi, son bien conocidos de los *habitués* de la Opera y no dudamos que estén siempre en condiciones de satisfacerlos.

Con estos damos podemos asegurar un exito más que lisonjero, completo, para la empresa y los artistas.

SANSÉPINE.

Establecimiento Gráfico á vapor, Convención 82